

Experiencia

El Centro de Participación de la Diócesis de 9 de Julio es un pequeño grupo de laicos pertenecientes a distintas comunidades parroquiales de un ámbito diocesano geográficamente muy extenso, implantado en una de las zonas más ricas del país (oeste de la Prov. de Buenos Aires) y en el marco de un cada vez más profundo desajuste entre estrategias pastorales y problemas sociales. Surge, precisamente, a raíz de un conjunto de observaciones acumuladas a lo largo de una experiencia de intentos y fracasos en tareas pastorales y que quizás podrían resumirse en la dificultad del laicado para introducir la lógica del Evangelio en la sociedad, para articularse en un proyecto ético-social compartido, como si hubiese una incomunicación insalvable entre fe y compromiso, entre convicción y encarnación, entre ser-cristiano y ser hombre. La necesidad de coordinarse diocesaneamente para hacer más efectivo el trabajo con la juventud, congregó a un conjunto de personas que descubríamos hasta qué punto llegaba nuestra incapacidad para lograr un diálogo del Evangelio con la situación o para encontrar un código común que descifre los problemas sociales a la luz de una ética específicamente cristiana. Reacios a aceptar un cristianismo aculturado y penetrado ideológicamente como también a contentarnos con una Iglesia encerrada en una (a veces intensa) actividad ritual y sacramental donde la religión termina ofreciéndose como artículo de consumo espiritualista, quedamos boyando en cierta "penuria de sentido" aunque no sin advertir que la búsqueda ya no pasaba por una individualista y enciclopédica formación sino por nuevos espacios de participación abiertos a la autocrítica y a la discusión intralaical. Frente a una crisis que no comprendemos del todo y de la que no hemos podido extraer respuestas, nos comprometimos en un objetivo más sencillo y honesto: revalorizar la participación como bien en sí mismo, insistir en el carácter cualitativamente transformante de la participación como proceso social y eclesial.

Una de las primeras iniciativas fue indagar a través de encuestas el grado de involucramiento de los jóvenes de 16 a 30 años en asociaciones intermedias y en movimientos de iglesia. Los datos confirmaron el agudo contraste entre el número de personas que adherían a las opiniones de la Iglesia y la inserción o compromiso de las mismas en sus estructuras, como también la contradicción entre las extendidas

convicciones democráticas y el reducido porcentaje que atribuyó alguna importancia a la participación como medio de automatización humana y comunitaria. El estudio se realizó durante 1983 y dio lugar al documento presentado al Congreso Nacional de Laicos realizado en agosto de 1984: "Crítica y aportes al compromiso cristiano", discutido en una de sus comisiones. Durante este mismo año se llevó a cabo un seminario que abarcó toda la temática de la doctrina social de la Iglesia y que convocó a representantes de 16 comunidades de la Diócesis. Se buscaba, a través de estos encuentros de fines de semana, un cambio de enfoque pastoral a partir de una nueva comprensión de los problemas sociales, plantear el desgarramiento que experimentan los cristianos más comprometidos en medio de un catolicismo burgués de clase media, ventilar las consecuencias de una ética liberal que al separar o autonomizar la vida moral de la sociedad permite llevar una doble vida, discutir los dilemas que se presentan al cristianismo con pretensiones de coherencia en los planos de la política, la familia, la educación, el sindicalismo, preguntarse cómo hacer para vivir el amor de Cristo, el más desinteresado unilateral, por los pobres, los ineficaces de abajo, en una sociedad impulsada por el ethos de la competencia, de los rendimientos de la figuración y el consumo, o cómo hacer si, estando llamados al servicio, vivimos en una sociedad "católica" que ridiculiza o minimiza actitudes. Se intentó, de alguna manera, introducir la dimensión social del pecado y poner en cuestión los criterios dominantes del "buen cristiano", como así también recuperar el sentido de la Cruz en un contexto que acalla el Evangelio o lo reduce a un esquema intemporal.

Durante 1985 se publicaron algunos estudios, interesantes porque trataron temas poco menos que desconocidos en el ámbito parroquialista de la Diócesis: "Las implicancias ético-sociales de la vida pública de Jesús" y "La pobreza en la Diócesis de 9 de Julio", que provocaron molestias y desconfianza. El Jesús que está en la mente y corazón de muchos laicos es un personaje abstraído y sacado el contexto social y eclesial de Palestina. La pobreza, en la Diócesis, es entendida predominantemente como resultado del vicio, la desidia y la holgazanería. Se realizaron, así mismo, cursos sobre sindicalismo desde el punto de vista de la Encíclica sobre el trabajo, y se apunta actualmente a la constitución —a cargo de los mismos sindicatos de la región— de una escuela sindical.

Recientemente se entregó al Cardenal Pironio y a una de las comisiones del EPAL el documento que se reproduce a continuación.

Centro de Participación (CEPA) Diócesis de 9 de julio, Agosto de 1985.**¿Qué esperamos del próximo Sínodo ordinario de los Obispos?**

"Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, veinte años después del Concilio Vaticano II es el tema de debate y reflexión para el próximo Sínodo, habiendo sido petitionado como uno de los problemas pastorales más universales, urgentes y actuales por la mayoría de los Organismos eclesiales. Lo que demuestra cómo la exigencia de que sean mejor comprendidos y valorados el lugar y las tareas de los laicos en la Iglesia y en la sociedad, resulta ser ampliamente difundida y sentida. Cabe esperar que las iglesias locales realicen una amplia consulta a los laicos mismos durante las etapas preparatorias, no solo porque los laicos somos los primeros y directos interesados en el tema, sino aun más por el carisma que recibimos del Espíritu Santo en el ejercicio y compromiso apostólico. Más aún debería ser posible instrumentar mecanismos de participación más democráticos e institucionalizados de tal forma que la opinión laical trascienda la mera consulta y contribuya decisivamente en la elaboración de un futuro documento sinodal. Al respecto, esta es quizás la primera y más importante inquietud que aguardamos sea contemplada; pues, nada mejor que recurrir a los laicos más involucrados con los pobres y los jóvenes a efectos de transparentar con fidelidad la conciencia que tienen hoy de sus problemas de inserción en el plano eclesial y social, y nada más eficaz para evitar que los futuros documentos de la Iglesia carezcan de consecuencias prácticas y operativas. Es preciso en función de ello, crear un estado de deliberación, de tal manera de que entre los mismos laicos se genere un debate que los lleve a pensar sobre sí mismo y sobre las situaciones difíciles que les toca enfrentar. Esto mismo fue propuesto por nosotros en el Congreso Nacional de laicos realizado en 1984 en Buenos Aires a través del modestísimo aporte que fue tratado en una de sus comisiones: "Crítica y autocrítica del compromiso cristiano". En él decíamos: "Las múltiples circunstancias, complejas y dilemáticas, que enfrenta cotidianamente el cristianismo no pueden ser resueltas mediante el simple expediente del "sentido común" ni por fórmulas eclécticas e improvisadas ni mediante la pretensión de aplicar literal y puntualmente los postulados de la doctrina social de la Iglesia. Requieren, en cambio y antes que nada, de un interrogarnos, de un pedir juntos que advenga la verdad, de un debate dentro del laicado para encontrar eclesialmente los

críterios más ajustados tanto a las premisas evangélicas como a los desafíos sociales. Pues bien, este debate no se ha desarrollado, y menos aún se ha recuperado el pensamiento que brota de la misma experiencia laical. Que sepamos nunca ha llegado a ventilarse (por lo menos en nuestro ámbito) con madurez y preocupación ese profundo desgarrón que registran los cristianos más comprometidos en una sociedad profundamente cristiana y, a la vez, profundamente injusta".

Desde las constituciones y decretos conciliares hasta el nuevo *Código de Derecho Canónico*, pasando por las enseñanzas de Pablo VI y Juan Pablo II, por el Documento de Puebla, por los trabajos del CELAM y de los Episcopados nacionales, se advierte una creciente y cada vez más apremiante apelación a los laicos. Este proceso es convergente con otro que se desarrolla en sentido contrario: la petición cada vez más amplia y fuerte que podemos resumir brevemente en dos argumentos. El primero de ellos se relaciona con la necesidad de una transformación institucional de la Iglesia. Este cambio hacia adentro de la Iglesia no es independiente de la acción temporal de los laicos, llamados como estamos, a construir la civilización del amor. Decimos que tiene una directa incidencia porque la Iglesia-institución constituye el primer piso de legitimidad que respalda nuestra acción, pues sin esta apoyatura se nos hace progresivamente más difícil permanecer totalmente en la Iglesia y totalmente en la sociedad. En una palabra, cuanto más comprometidos estamos socialmente más problemática se vuelve nuestra situación como miembros de la Iglesia y nuestra participación en ella. Creemos, sinceramente, que un gran paso en la superación de esta tensión —que no se da simplemente entre espiritualismo y secularismo— sería la constitución de un laicado con una estrategia pastoral y un proyecto ético-social que opere como bisagra, como mediación, entre el ser-cristiano y el ser-hombre, entre la Iglesia-sacramento y el apostolado social. La experiencia de las comunidades eclesiales de base una demostración de que ese eslabón es posible. Solo esa mediación del laicado como cuerpo contrarresta las tendencias tanto a la clericalización como a la laicización. Pero ello no debe ser producto solamente de una muy especial percepción del laico del significado de la comunidad, de la eclesialidad, como plataforma personal de lanzamiento hacia el compromiso político, sindical, etc. sino fundamentalmente de una transformación, como se dijo antes, en términos institucionales, empezando por la misma noción de "jerarquía" (poder sagrado) que deberá ser reconstituida como servicio sagrado (jerodulía). Mientras el sacerdocio sea asumido como poder y no como

servicio, la complicidad -por acción o por omisión— con los poderes temporales establecidos, será inevitable. Basta sondear superficialmente la opinión del hombre común para descubrir que ubica a la Iglesia como uno de los "factores de poder" que reinan -aunque no gobiernan- en la sociedad. Esta es una de las razones por las que prefiere vivir el cristianismo "a su manera", siendo indiferente a las posiciones de la Iglesia o a su predicación y alimentando un visceral rechazo al papel de los sacerdotes. La ausencia de un inequívoco e insospechado compromiso de la jerarquía con el pueblo conduce a dos situaciones que tienen gravísimas consecuencias. En primer lugar, a que la iglesia esté permanentemente a la zaga de la historia y de los acontecimientos: se denuncia la violación de los derechos humanos cuando todos los han hecho antes que ella., se postula la democratización cuando esta es un hecho consumado, se "descubre" el problema de la dependencia cuando hace decenios que se habla de ello. Todo esto descoloca al laico comprometido, que en los momentos decisivos se encuentra con un vacío -no solo conceptual— precisamente en el ámbito en que debería sentirse más apoyado, su propia madre, la iglesia. En segundo lugar, esa escisión entre Iglesia-oficial y religiosidad popular, impide potenciar operativamente esa "especie de profundo e inarrancable sustrato católico que da unidad espiritual a nuestra cultura latinoamericana" y esa "particular disponibilidad contemplativa" del hombre latinoamericano de las que nos habla el Cardenal Pironio. Este dice: "El alma de nuestro pueblo, simple y pobre, profundamente creyente, lo dispone al gozo de la contemplación. No sabe definirla, pero la vive; centra su oración sencilla sobre la pasión del Señor, sobre la fuerza misteriosa de su cruz, sobre la protección de la Virgen María. Ello engendra luego la insustituible y profunda sabiduría popular". Más significativo nos parece este concepto si pensamos que esa identidad cristiana se preserva a pesar de los procesos de modernización (que no fue resistida por la fe europea) y a pesar de la internacionalización y penetración de pautas de cultura y de consumo que erosionan las expectativas respecto a la viabilidad de una sociedad alternativa al modelo liberal-capitalista. Querernos decir, entonces, que ese sustrato subyacente como capa geológica en la conciencia de nuestro pueblo puede ser el punto de partida, pero nada más que esto, para una transformación de la sociedad. Tal como está conformado es inoperante desde el punto de vista ético-social. Sabemos perfectamente que esa base espiritual objetivamente dada puede servir tanto a la revolución como al fatalismo resignado y quietista, tanto a la democratización como a la preservación del statu quo.

El alma católica del pueblo debe dejar de ser alguna vez funcional al orden establecido. Por tal razón la Iglesia debe indicar a sus miembros que se remitan no solo a los documentos sociales por ella producidos sino fundamentalmente a una tradición que se remonta al pensamiento indígena anterior a la conquista al pensamiento influyente de los padres Vitoria y Suárez, a las sucesivas etapas misionales y evangelizadoras, al municipalismo de los cabildos, a la gesta independentista, a la especial relación de los caudillos con las masas, a los movimientos nacionales, a las experiencias participativas de base más recientes. Hay un eslabonamiento, no debidamente estudiado, de tradiciones cuyo hilo conductor —más allá de las formas históricas que asumió— es un profundo sentimiento de comunidad estrechamente emparentado con el misterio del corpus Christi y del corpus mysticum. Es indudable que el cristianismo aportó una nueva noción de comunidad, pero también es indudable que muy pronto la idea de autoridad prevaleció sobre aquélla. Es posible que Cristo sea prisionero todavía de las instituciones de la Iglesia, y que el Cristo que vive en el corazón del hombre latinoamericano sea, por eso mismo, un Cristo apolítico, privatizado, que habla exclusivamente al espíritu, e impedido de actuar en la transformación de la sociedad a partir de una iglesia como comunión. A esto nos referimos cuando pedimos al próximo Sínodo que queremos menos institución y más comunidad, que queremos desinstitucionalizar para humanizar, que queremos horizontalizar a la Iglesia para que sea entendible y atendible para los hombres. En definitiva, y para decirlo más sociológicamente, queremos recrear un área de igualdad donde las diferencias de funciones o roles —principalmente entre jerarquía y laicado se minimicen, a efectos de ser eficaces en la tarea de resistir las desigualdades sociales. Solo se participa entre iguales. El segundo argumento, menos percibido pero tan gravitante como el anterior, y que se desarrolla como implícita petición que converge con el llamamiento de la iglesia al laico para un compromiso más serio, se refiere a algo que ya hemos mencionado de paso. Los laicos necesitamos un proyecto ético-social que sea un todo unitario, sistemático, que "cierre" lógicamente, y que tematice los problemas sociales contemporáneos con la misma insistencia y profundidad con que se lo hace con el tema del divorcio o del aborto o de la familia. Muchas veces se trata los problemas culturales, económicos y políticos tan superficiales, eclécticos y sincréticamente, que constituyen más una fuente de desorientación que de inspiración. La mera yuxtaposición o la conciliación forzada de distintos elementos, dosificándolos de tal modo de conformar a

todo el mundo, desemboca en conceptos híbridos, ambiguos, inasibles, que posiblemente complazcan a muchos pero que no comprometa efectivamente a nadie. ¿Es posible, acaso, que a nivel popular se reconozca a la Iglesia en sus posiciones sociales nada más que por sus actitudes antdivorcistas?. No solo se trata de descender en la escala de abstracción, dando menor énfasis connotativo y mayor denotación a los conceptos, y no se trata solamente de un problema de difusión y adoctrinamiento, hay por detrás y más hondamente una cuestión de definición. Precisamente, uno de los temores que abrigamos en relación al próximo Sínodo, se funda en que de él surja documentos teológicamente meticulosos y prolijos pero absolutamente ahistóricos, pretendidamente válidos para todo tiempo y lugar e imposibles de encarnar en la práctica. Si es que la Iglesia debe reelaborar y reactualizar permanentemente una doctrina ético-social para orientar a los cristianos en la praxis social, no puede recaer machaconamente en un pensamiento tautológico y circular, sino que debe hacer dialogar a las situaciones concretas con el Evangelio, releer el Evangelio a partir de la situación y no a la inversa. De otra manera no seremos operativos, cada cual interpretará individualista e interesadamente lo que quiera, sin problemas de conciencia para nadie. No se trata solamente de proclamar determinados fines y demostrar la congruencia que hay entre ellos, sino de probar la compatibilidad entre medios y fines. Pues si utilizamos medios inadecuados tendremos efectos contraproducentes, con efectos secundarios no previstos, no deseados, en contraste con otros fines igualmente concurrentes y que sobrepasan el fin propuesto convirtiéndolo en su opuesto. Cuanto más tiene que ver un problema con la conducta privada más específico es el tratamiento que hace la Iglesia del asunto, e inversamente cuanto más social más difuso y genérico se torna su pronunciamiento. Obviamente, es más simple reglar la vida sexual que la económica, pero debe concedérsenos que el impacto de la segunda sobre la sociedad es desproporcionadamente más decisivo. En general, los documentos sociales de la Iglesia son realmente indigeribles, comprensibles solo para los iniciados, pero este no sería un problema insuperable; tal cosa podría remediarse mediante una reconstrucción de los mismos a nivel de lenguaje común y una intensiva propagación. Como dijimos, la cuestión central pasa por una muy débil e insustancial estructuración del discurso ético-social, dejándose de lado el examen crítico de la realidad y los aportes de las ciencias sociales como así también la propia experiencia del pueblo en sus luchas contra las múltiples formas de manipulación y explotación. Las posiciones de la Iglesia no pueden

ser sino conflictivas, como las fueron las del Jesús de la historia, y esto producirá contrariedad en algunos pero también un compromiso más firme y coherente en otros. En todo caso, la Iglesia deberá elegir la tibieza de muchos y la consecuencia hasta la cruz de algunos menos.

Para sintetizar de algún modo nuestras expectativas respecto a la revisión y proyección de las tareas del laico en la Iglesia y en la sociedad que realizará el Sínodo, y que es objeto de preparación por parte de las iglesias nacionales, debemos decir que esperamos de los obispos más que directivas para el laico una drástica transformación de la jerarquía en su relación con el laicado, siendo esta relación no un dato autónomo de la acción del laico en el mundo sino un prerrequisito que condiciona favorable o desfavorablemente su inserción temporal como fuente de legitimidad y de inspiración que es. De otro modo seguiremos —los laicos— trabados o descolocados, tironeados doblemente y esquizofrénicamente por una sociedad que nos necesita pero que no comprende a la Iglesia y por una Iglesia que nos convoca pero que no comprende a la sociedad. Hasta el presente esta situación ha sido disimulada con la proliferación de movimientos e instituciones o grupos, que tienen la ventaja de aumentar el sentido de pertenencia y ser mas o menos eficaces en función de objetivos muy limitados (incluso las comunidades de base tienen limitaciones que son propias del "basismo") pero que son inevitablemente sectarios. En tal sentido nuestra iglesia se ha "protestantizado" (y sabemos que la eclesialidad, entre los protestantes, no es un elemento intrínseco a la fe, por lo menos en el terreno de los hechos). La Iglesia ha pasado a ser una federación de grupos, que responden más que a carismas o vocaciones particulares, a divisiones ideológicas o de intereses dados en la sociedad y que se traspasan bajo ropajes diversos al plano eclesial. Si este es el precio a pagar para que los cristianos podamos seguir coexistiendo dentro de una sola y única Iglesia, la comunidad como tarea y proyecto quedará indefinidamente aplazada. La evitación o taponamiento del conflicto es un artificio que no logra disimular la desunión, al contrario, siempre será preferible sacarlos a la superficie y dirimirlos mediante procedimientos o mecanismos realmente participativos. No mediante Congresos (como el de laicos de 1984 en Argentina) que carecen de representatividad y de carácter resolutivo, ni mediante encuentros masivos en los que los mensajes tienen una sola dirección: la que va del altar hacia la asamblea.